

LAS CONTRADICCIONES DE UN MUNDO PRÓSPERO

Queridos diocesanos:

El mundo que vivimos está cargado de contradicciones. Por una parte se cree próspero, avanzado y está muy seguro de sí mismo. Pero, al mismo tiempo, consiente en que siga habiendo hambre, pobreza, analfabetismo y explotación. Esto sólo es posible si ese mundo de la abundancia cierra los ojos a la realidad de la pobreza y la marginación.

Parece que occidente vive aletargado y adormecido, olvidando que muchos seres humanos padecen hambre y sufren. A ello contribuye la sociedad de consumo en que vivimos. Como ha denunciado el Papa Francisco, “la cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera” (EG 54). Occidente necesita olvidar a los más pobres para poder vivir su vida plácidamente y sin complicaciones. Habla el Papa de una “cultura del descarte”, que excluye de su seno a muchas personas, que no son simplemente explotados, sino considerados “deshechos”, “sobrantes”.

Los cristianos tenemos el deber de poner en crisis esta cultura de la indiferencia y denunciar con fuerza cualquier forma de degradación del ser humano. El panorama que se presenta ante nosotros es amplio: personas que carecen de recursos económicos, ancianos, inmigrantes, mundo de la droga, mujeres maltratadas, niños explotados... A todos ellos se suman ahora los muchos afectados por la crisis sanitaria. No podemos permanecer pasivos contemplando toda esta injusticia. Hemos de promover una cultura de la inclusión, que acoja y respete a cada uno.

Como Iglesia tenemos una larga tradición de atención a los más pobres. Son muchas las instituciones y personas que les han tratado con respeto y amor. Nosotros debemos continuar esta historia, poniendo en marcha gestos y obras concretas de caridad. Para ello necesitamos imaginar nuevas formas de acercamiento y de ayuda, que hagan patente que la Iglesia quiere estar con los más pobres. Decía el Papa Juan Pablo II que “tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa” (Novo millennio ineunte, 50). Cada una de nuestras parroquias e instituciones debería plantearse cómo hacer realidad esto.

Pensemos, además, que el anuncio del Evangelio suena vacío si no va acompañado de obras de misericordia y que, sin el testimonio de nuestra austeridad y pobreza, no podremos convencer al mundo de su verdad. La verdad de nuestras palabras queda corroborada por la caridad de nuestras obras.

No nos conformemos con vivir en este mundo contradictorio. Con la luz del Evangelio y la fuerza de la fe, luchemos contra la indiferencia respecto de los más pobres y trabajemos para restablecer su dignidad.